

Marco A. Bontá C.

## Mariano Latorre

### RECUERDOS DE UN AMIGO PINTOR



ERIA a principios de febrero de 1922. En una de esas mañanas sureñas de cielo y mar gris plata, pintaba desde el viejo muelle de Puerto Montt. Los barquichuelos se recortaban en siluetas oscuras sin reflejos ni cabrilleos en las aguas tranquilas del canal de Tenglo; en la orilla el caserío de los pescadores, tras una malla de mástiles y velas recogidas, se orquestaba en multicolores. A mediodía atracó un vapor de la Compañía Brown y Blanchard, dejé los pinceles y me distraje observando el desembarco. Descendieron varios militares de la guarnición y un viajero. Viéndole avanzar por el centro del muelle, con una maleta, a largos pasos lentos, alto, rubio, de amplio bigote cobrizo, diríase que se trataba de un colonizador de la provincia de Llanquihue. Pero, por el interés de las miradas que dirigía hacia todos los costados, comprendí que no era del lugar. Ya cerca, cuando descubrió al pintor, vino en mi dirección. Nos reconocimos mutuamente: se aproximaba el escritor Mariano Latorre.

—¡Feliz encuentro! —y nos dimos un abrazo bajo la misma impresión de sorpresa.

—¡Qué grato encontrar un amigo en estas latitudes!

En aquellos tiempos no existía el turismo y los viajeros santiaguinos solían pasar por excéntricos si se aventuraban por esos rincones de Chile, donde “llovía tanto”.

—No me habría imaginado encontrar una pinor del Forestal, a varios he oído comentar que el sur les parecía una “especie de lechuga mojada”.

—Por eso, para que los artistas conozcamos el país, al menos, antes que Europa, el Ministerio de Educación me premió con un pasaje de ida y vuelta en ferrocarril, en los concursos de fin de año de la Academia de Bellas Artes.

De este modo, comentando, cambiando primeras impresiones, cerré el caballete portátil y nos encaminamos hacia mi cuarto alquilado en una pensión de la calle Manuel Montt. Mariano aceptó el convite de alojarse conmigo. La casera sin tardanza armó otra cama en la pieza, que otrora fuera sala de recibo de la casa. Era espaciosa, tenía zócalo de madera, dos ventanas a la calle con visillos impecables y una variada colección de begonias que el contraluz les daba una acuática transparencia. Sobre la moldura o repisa del zócalo había cartones y telas recién pintadas, dando a la habitación un ligero ambiente de taller. Este encuentro inesperado, aunque modificaba sus planes de vacaciones, sin mucha reflexión, prefirió dejarse arrastrar por la casualidad; por otra parte, el cambio estimulaba su constante disposición para la aventura. Permanecimos juntos más de dos semanas.

A Mariano Latorre lo conocía desde los primeros años de humanidades, en el Liceo Santiago, del provinciano barrio de Recoleta, de viejas casonas y sombrías encinas. Fué mi profesor y, si en realidad nos separaban unos lustros de edad, me sentí siempre su amigo. Entonces los profesores eran amigos de los alumnos. La enseñanza la recibíamos casi de un modo indirecto, en algo como una corrien-

te afectiva, que suscitaba más la estimación al maestro que la admiración por la sabiduría de la cátedra. Sus alumnos lo queríamos, sobre todo aquellos sin talento para las materias exactas, esos que descalificaban las exactas resoluciones de los consejos de profesores. ¡Quién sabe cuánto debo a Mariano Latorre que mi padre no me enviara a la Escuela de Grumetes de Talcahuano!

A la sazón, Mariano semejaba un apuesto capitán de barco no-ruego, de tupida barba rojo venecia. Un modelo digno de Van Gogh. Varias veces quise hacerle un retrato, aún no podía, me faltaban algunos años de estudio de pintura; sin embargo, después, capacitado para intentarlo, alcancé a salvar el bigote. Hay un retrato suyo que conservó en su biblioteca, donde junto a los ojos grises, un tanto atmosféricos, reviven con su donosura, los mostachos del capitán.

Pues, antecedentes de afecto y comprensión ya me unían al maestro en ese inesperado encuentro del muelle: la cordial amistad y la mutua admiración a nuestra tierra chilena, con su paisaje y su pueblo. Tierra original, más amada cuanto más se recorre mundo, en la cual, a pesar de su pequeñez territorial, están concentradas todas las variedades, todos los matices de la naturaleza. El hombre que transita por ella cambia y se engrandece con su influencia, éste es el secreto de "Chile, país de rincones". Mariano me enseñó a encontrarlo en la oportuna convivencia de aquellos días de amenas veladas y provechosas andanzas.

Recorríamos juntos la región. Ninguno de los dos la conocía, de ahí que la sorpresa y el entusiasmo lo compartíamos en mutuas impresiones y mi humilde visión de imberbe pintor se unía a la suya, sagaz y penetrante. Juntos descubrimos la semiencantada isla de Tenglo y el no menos embrujado y sugerente canal de Angelmó, hoy "asuntera" de artistas del pincel. Hasta ese momento ningún cabalette de pintor, que yo sepa, había sido armado frente al maravilloso espectáculo de la vida de las islas chilotas; ese mercado flotante de barquitos veleros, que tan pronto baja la marea, reposa en las arenas mojadas entre chamantos, carretas, bueyes, caballos y humo de fri-

tanga de pescado. Mariano se entusiasmaba con aquellas escenas y varias de las que él me indicó quedaron en lienzos con vigor inesperado. Actualmente una de ellas completa la colección del Museo Nacional de Bellas Artes y otra en el museo del mismo nombre de Buenos Aires.

La curiosidad de Latorre lo impulsaba a mezclarse con los chilotés. Conversaba largo con estos hombres mitad marinos mitad labradores, fumando e incluso saboreando sus frituras, auscultaba y penetraba un instante en el drama de su existencia sufrida y taciturna. Conoció y anduvo la distancia del obligado sendero de aquellas tenaces mujeres isleñas que a diario recorrían bajo la lluvia, cargando un saco de carbón en la cabeza, por deshechos y quebradas, para venderlo en los poblados a cinco pesos y retornar con un poco de harina, azúcar, sal.

No descansaba en su búsqueda, interesándose por la vida y milagro de cuanto acontecía a su alrededor y aún más, por las fuerzas misteriosas que unían a estas gentes a su destino.

Recuerdo las inesperadas circunstancias que mediaron en aquella oportunidad, permitiéndole convertirse en huésped de la hermética región colonizada, que en esos años escapaba al viajero común y que mi amigo deseaba conocer de cerca.

En el tren, en la segunda parte de mi viaje, porque entonces se hacía en dos etapas, una directa a Osorno y la otra al día siguiente, me tocó conocer a un alférez. Eramos los únicos pasajeros a Puerto Montt del vagón de primera clase. Sus progenitores, colonos, habían emigrado al norte en busca de calor. Iba a pasar sus vacaciones con los parientes australes que aún no conocía. A nuestra llegada nos despedimos con la promesa de volvernos a encontrar.

El futuro oficial, acompañado de un grupo de mocetones y bellas muchachas de ojos azules, primos la mayoría, hablando igualmente alemán y español, pasaron una tarde a invitarme a la celebración del natalicio de uno de ellos, en un fundo del interior. Presenté al escritor. El entusiasmo de esta juventud al conocerlo personalmente

te, resultó incluso sorpresa para Mariano. La mayoría conocía su nombre y más de alguno había leído sus libros (*Cuentos del Maule, Cuna de cóndores, Zurzulita*).

—Será un placer tenerlo en la fiesta —le decían— extendiendo la invitación que significaba varios días en la hacienda.

—Los vendremos a buscar con caballos ensillados.

Así aconteció. Una tarde, después de la siesta, partimos en caravana por el sombrío y boscoso camino junto al río Chamiza. Admirando el campo y charlando caminamos varias horas, nuestro escritor acortaba la distancia con la conversación ingeniosa, siempre espumante, rica de anécdotas como inagotable de imágenes. Un viento sur empujaba los nublados y ya al anochecer al divisar a lo lejos las luces de las casas del fundo, los caballos apuraron el paso. Una tibia humedad subía del suelo con el sonsonete de los grillos y el cabrilleo luminoso de las luciérnagas; comenzaban a brillar las estrellas.

Amanecimos perdidos bajo espumosos edredones de plumas de gansos. De la habitación se oía el tintineo de los utensilios, el rodar de muebles, el trajín de los criados y todos aquellos clásicos ruidos de un hogar que se prepara para una fiesta. Desde temprano llegaron familias enteras a caballo de los predios vecinos, sin faltar el médico ni el pastor. Aunque entre ellos hablaban alemán, muchos comentaron las novelas de Latorre en nuestro idioma, sobre todo algunas mujeres, entre las que había lectoras y con las cuales se podía conversar sobre literatura. Mariano se sentía como pez en el agua, las muchachas le hacían corro y lo escuchaban con devoción.

La fiesta luego tomó calor. Los bailes al ritmo de acordeones, la sidra y la buena condición de esta gente para la alegría, que reía sin reticencia, sin ese temor al ridículo, que a nosotros los chilenos nos hace tiesos y ceremoniosos, dieron a la tertulia una atmósfera juvenil y de sana expansión. La danza se alternaba con cantos. A los primeros acordes de alguna música evocativa, como si estuviesen de acuerdo de antemano irrumpían los coros. También hubo solos de acordeón, canciones de los antepasados, nostálgicas y sentimentales.

Mariano me había hablado de su voz baritonal, no se la conocía, esa noche impulsado por el entusiasmo de la velada, me permití comunicar el secreto a un grupo de muchachas.

—¡Que cante don Mariano! ¡Que cante el escritor! —corearon todos los asistentes. Se hizo silencio y mi querido amigo no pudo hacer otra cosa que cantar.

Por si no lo saben, Mariano tenía buena voz y lo hacía bien en sus aficiones operáticas, por lo menos en aquel tiempo. Solo, en medio de la sala, sin acompañante porque nadie sabía música italiana, así, “en seco”, cantó la romanza “Di Provenza il mar il suol” de *Traviata*, gesticulando, accionando como un actor profesional. Terminó con una salva de aplausos, pidiendo la concurrencia que cantara otra cosa. Inició el prólogo de *I Pagliacci*, pero se detuvo al aproximarse al *mi* excusándose por la falta de música. La fiesta terminó al brillar el sol en los manzanares. Hubo asados, abundante sidra y *delicatessen*...

\* \* \*

—¿Ustedes conocen el lago Chapo? —nos preguntó el pastor—  
¿Le gustaría hacer una excursión hasta allá?

Asentimos con entusiasmo.

El pastor, el médico, nosotros dos y un baquiano partimos de amanecida en dirección al misterioso lago, cuya fama por su belleza lo hacía tema de leyenda. Algunos chubascos presagiaban mal tiempo. “La lluvia de verano no moja” nos dijeron, y calados en sendos ponchos seguimos al guía en fila india atravesando bosques por túneles abiertos en los “quilantos”. La marcha era lenta, los caballos debían ser especializados porque toda la ruta se hacía sobre un tejido de raíces que el agua y el paso continuo de animales dejaba al descubierto unos cincuenta centímetros del fondo. El andar recordaba los trancos de caballos de circo por la sorprendente habilidad para meter las patas en los estrechos agujeros,

Bastante pasado el mediodía arribamos a la orilla del lago, en el nacimiento del río Coihuín. Sin duda, hermoso lago, demasiado hermoso, sin acantilados, sin playas, cercado por un alto muro verde de espesa selva circundante que se reflejaba como en un espejo. Una fotografía permitiría verlo invirtiendo los lados sin cambiar el efecto. Un lago de cuentos de hadas para los sureños, “una tarjeta postal” para Mariano. Había una sola casa y se encontraba en la ribera opuesta, no se divisaba porque el lago era más grande de lo que aparecía a simple vista. El guía quemó ramas verdes de ulmo, levantando una columna de humo blanco como señal para que viniera un bote a buscarnos. Permanecimos dos días en este lugar de inmenso silencio; Mariano lo aprovechó para escribir. Nos alojaron en la mansarda donde había una buena cantidad de paja para transformarla en la noche en lecho acogedor. Desde las ventanas se veía la niquelada superficie de las aguas.

En esa casa existe un libro de visitas en el cual el escritor dejó estampados bellos pensamientos sobre el paisaje y la cálida hospitalidad de esos teutones que aman su patria de adopción. Quisiera recordarlos, pero hace de esto treinta y tres años.

De vuelta a Puerto Montt, muchas reflexiones sobre la vida de los colonos acudían a los pensamientos del novelista. Impresionado por las alternativas de la excursión, me pidió que lo acompañara a visitar en el Colegio de Jesuítas del pueblo a un cura que, según sus datos, había presenciado la llegada de los primeros colonizadores. El cura cruzaba los ochenta años, en pocas palabras y con dificultad narró a Mariano algunos detalles emocionantes de aquel episodio de la vida chilena. Vió llegar el primer velero al seno del Reloncaví, la estada de los viajeros en Puerto Montt, su distribución en los bosques, los roces, el destronque y los primeros granos de trigo cultivados por ellos; asimismo, le dió a conocer algunas tragedias de los que cruzaban la selva para ir a los poblados en busca de provisiones y que no regresaban jamás.

Así, de esta manera, pasó esos días Mariano Latorre, escudriñando con verdadera pasión la imagen externa como el contenido

íntimo de la vida de este singular rincón de Chile. Partió escalonando su regreso a la capital, seguramente, ya *Ully* iba camino de gestación.

He deseado hacer estos viejos recuerdos como un homenaje al escritor amigo de los pintores, a quienes quiso y dedicó líneas cariñosas, buenas consejeras y cuya vida dejó un ejemplo de auténtico artista creador. Hizo desde un comienzo lo que otros después de una larga vuelta. Mariano Latorre, no sólo fué directriz en nuestra literatura, también orientó a pintores nacionales, que como él quisiéramos expresar en el arte nuestro amor a la tierra patria. Esta es su magnífica lección. Por eso, cuando vemos y leemos lo que piensan y pintan aquellos que buscan la poesía y la pintura, unos en los versos y los otros en los cuadros ajenos, mejor comprendemos la fuerza de su espíritu.

Criollista, sí, decididamente criollista.